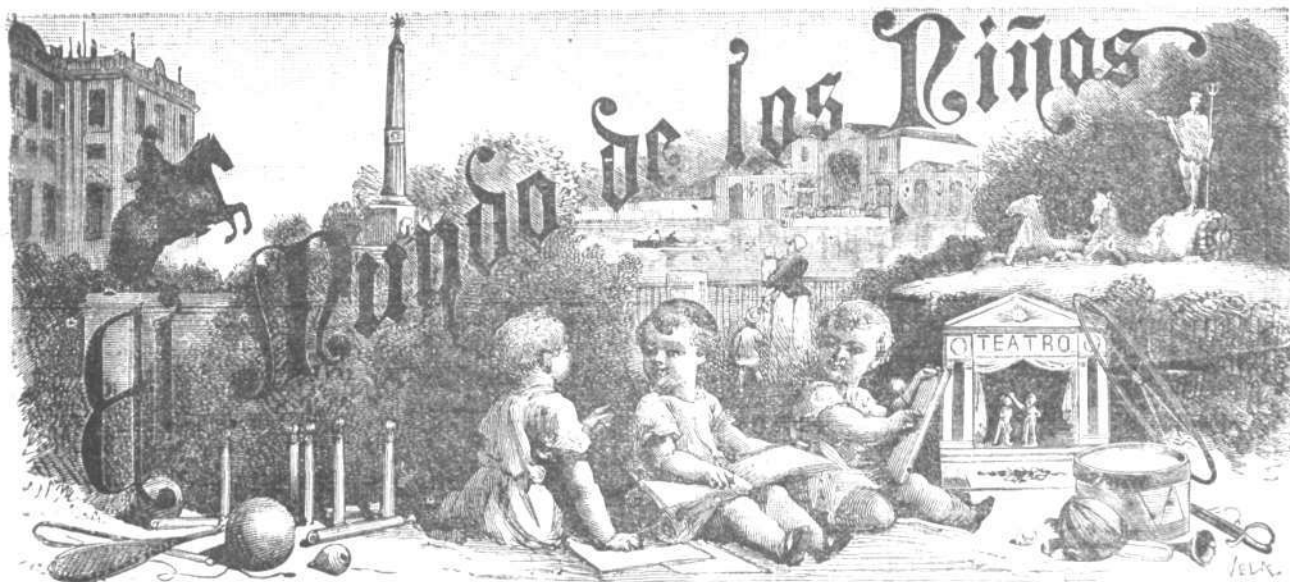




PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
ESPAÑA.	
Un trimestre.....	Ptas. 4,
Un año.....	12,
ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Un semestre.....	Ptas. 12,
Un año.....	20,

ILUSTRACIÓN INFANTIL DECENAL

CON MAGNÍFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

AÑO I. N.º 9.

MADRID
30 de Marzo de 1887.

ADMINISTRADOR:
J. PALACIOS, ARENAL, 27

NÚMEROS SUELTOS

De LA ILUSTRACIÓN con el suplemento en cromo.....	Ptas. 0,25
Idem id. atrasado.....	0,50
Cada ejemplar de los cuentos ilustrados.....	1

SUMARIO.

TEXTO.

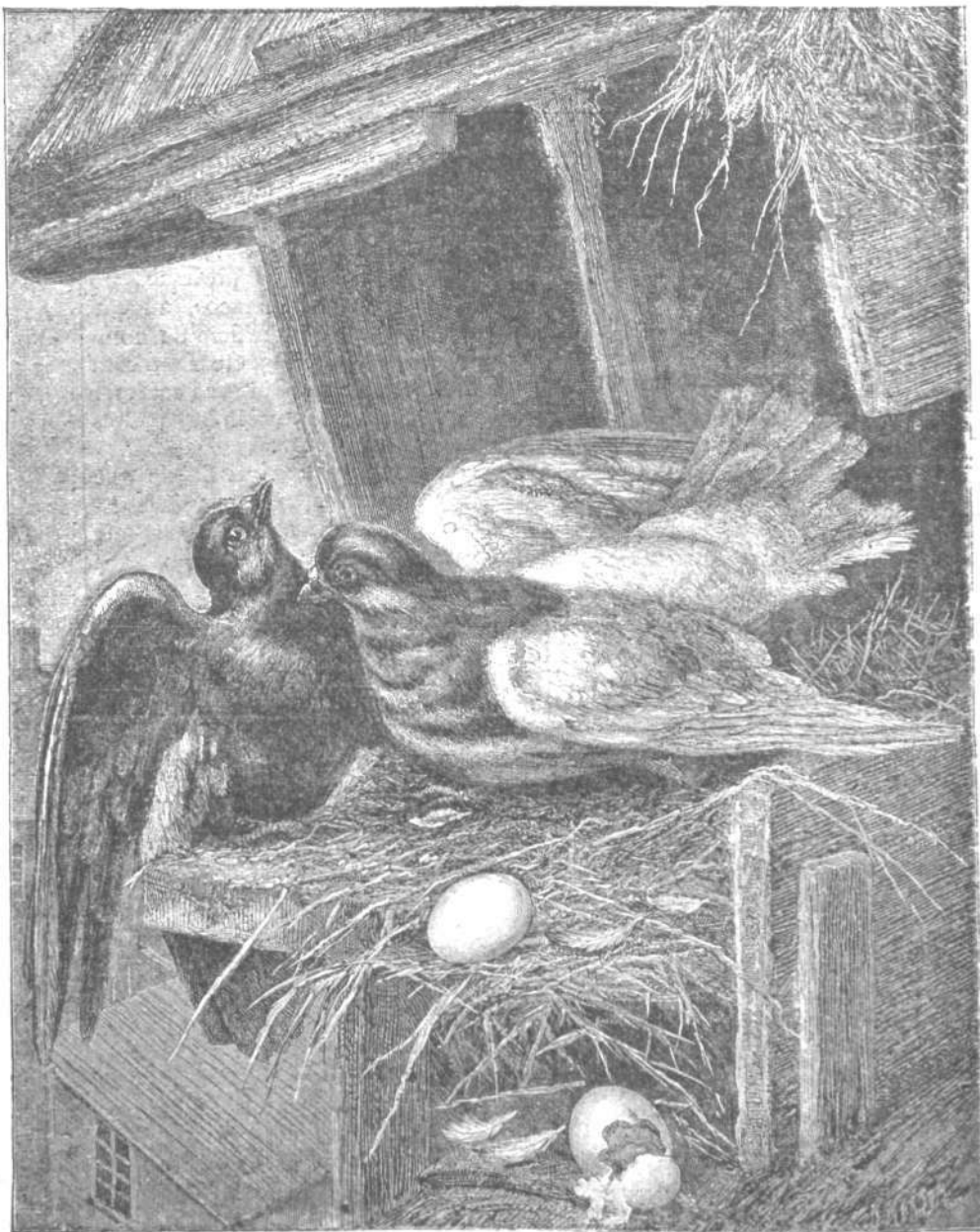
-
- Conversación familiar,
por
D. Manuel Ossorio y Bernard.
- Nuestros grabados.
- El suplemento en cromo.
- El niño Cuesta,
por
D. E. Rodríguez Solís.
- El Banco,
por
D. R. Torromé.
- Imprudencias infantiles,
por
D. Santiago Olmedo y Estrada.
- Grito de naufrago,
por
D. Antonio de Trueba.
- La paloma blanca,
por
D. Angel Lasso de la Vega.
- Mosaico.
- Juegos de imaginación.
- Nuevos problemas.
- Anuncio.

GRABADOS.

- El nido deshecho.
- La emboscada.
- Los favoritos.

CROMOS DEL SUPLEMENTO.

- Oso polar.
- Bisonte.



EL NIDO DESHECHO.

CONVERSACIÓN FAMILIAR.

Con razón os decía en mi última conversación que á pesar de las nieves y de los fríos, la Primavera no era una mentira, y que pronto se dejaría sentir. El pronóstico se ha realizado antes aun de lo que yo sospechaba, y durante algunas horas del día, hace un calorito que me río yo, debajo de mis dobles gabanes, chaleco de grueso forro y faja de franela. Pero no hay que fiarse mucho, sobre todo en este clima de Madrid, donde los más rápidos cambios amenazan á diario nuestra salud y nuestra vida.

Ya que empecé con el estado atmosférico, seguiré con el sanitario, diciéndoos con satisfacción que las epidemias que durante algunos meses han causado tantas víctimas entre vosotros, se hallan en muy notable descenso. Bendigamos todos á la Providencia, y no olvidemos tampoco á esa respetable señora que se llama la Higiene, y que es, supone y vale mucho más que la Medicina.

Porque no debéis perder de vista un solo instante, que muchas, muchísimas dolencias de las que aquejan á la humanidad, son resultado de la falta de Higiene, y que esa falta es muy frecuente en vuestra edad.

Vosotros, por ejemplo, os agitaís jugando al toro ó al marro, y después os quitáis el abrigo ó bebéis agua, que es todavía peor.

Vosotros, si os gusta un manjar, cargáis el estómago, sin tener en cuenta las malas consecuencias que puede acarrearos el abuso.

Vosotros pasáis del calor al frío sin precaución alguna, y os exponéis á diferentes padecimientos por no subiros el cuello ni tapanos la boca.

Si os quieren dar algún preparado preservativo ó medicinal, torcéis el gesto y os resistís á tomarlo, con una insistencia digna de mejor causa.

Algún niño conozco que se puso malo de una rabieta, cuando el Gobernador de Madrid prohibió los bailes de máscaras, medida de altísima prudencia, conforme tuve ocasión de decirlos en tiempo oportuno.

Todo eso está muy mal; y así como sería extraño que hubiese niños ridículamente aprensivos, tampoco está bien que sean tan despreocupados que desoigan la voz de los mayores cuando éstos les recuerdan los preceptos de la Higiene.

Dentro de muy poco habremos llegado á la época en que la Iglesia Católica recuerda la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y en la que vienen aparejadas para vosotros la ora-

ción y las fiestas. Impacientes como sois, y ocupados siempre en empujar el carro del tiempo, estoy seguro de que soñáis con la llegada del Miércoles de Ceniza y función de Tinieblas, después de la cual llegará la visita á los Monumentos, y la Pascua con sus diversiones y alegrías. La bendición de las palmas en el Domingo de Ramos, inicia en Madrid el tiempo santo; pero justo es añadir, como iréis viéndolo conforme crezcáis en edad, que en las grandes capitales, á pesar del simbolismo de pureza de las palmas, suele haber más hipocresía que religiosidad. Afortunadamente, y para purificar el ambiente, el silvestre romero acude en estos días á la corte, recordándonos que lejos de la misma, allí donde las florecillas esmaltan los campos y no hay más alfombras que las del musgo, las cristianas virtudes hallan albergue en inocentes pechós. En este diluvio de las modernas costumbres, la paloma que saliera del Arca no se posaría en las grandes poblaciones, sino que buscaría punto de más seguro descanso en los campos.

Supongo que todos vosotros habréis recordado á vuestras familias que «en el Domingo de Ramos, el que no estrena se queda sin manos;» pues sabiendo el cariño que os profesan, no han de querer veros mancos, aunque hayan de hacer el sacrificio de compraros un traje ó un juguete. Pero esta petición debe hacerse sin gran carácter de exigencia, pues también hay padres que podrían contestar:

—Nada más justo; y á fin de que no perdáis vuestras manos, vais á estrenar... unas hermosas disciplinas que acabo de adquirir.

De lo que vosotros estáis libres es de contriubuir como las personas mayores al lucimiento de las fiestas piadosas, y de las damas encargadas de las mesas de petitorio, recibiendo las tarjetas y billetes en que se advierte que la marquesa de A. pide en tal iglesia, y la señora de B. en tal otra.

Esta costumbre es la que tenía abstraído el año último á uno de nuestros más conocidos bohemios, con una esquila admirablemente litografiada entre las manos, en la que la señora de X. comunicaba á sus amigos que pedía en San Pascual:

—Qué inútil gasto!... Yo pido todos los días del año en la puerta del café Suizo, y todavía no se me ha ocurrido hacerme tarjetas en que conste así!

M. OSSORIO Y BERNARD.

NUESTROS GRABADOS.

EL NIDO DESHECHO.

¡Con cuánta facilidad se destruyen en un momento las más acariciadas ilusiones! Ejemplo de esto la escasa consistencia del nido en que la amante paloma prestaba con su propio calor condiciones de vida á sus futuros hijuelos, y que en un instante destruye la fuerza del viento, derribando los huevos y dando muerte á los seres que encierran.

¡Cuántos nidos destruye en la especie humana el viento de la adversidad!

LA EMBOSCADA.

Todos vosotros, queridos niños, comprendéis desde luego la intención del dibujante, que ha sabido sorprender vuestras actitudes en cualquiera de los juegos que más os encantan.

Nuestra lámina *La emboscada*, no requiere, por lo mismo, explicación alguna.

LOS FAVORITOS.

Para todo es necesaria la suerte. ¡Hasta para nacer conejos!

Abí tenéis á los de grabado nuestro cuidadosamente colocados en un cestito y siendo objeto de toda índole de miramientos. Cuántos otros vivirán en perpétua inquietud, huyendo del hombre, para ser al fin y al cabo objeto de su voracidad!

—302—

LÁMINAS DEL SUPLEMENTO.

OSO POLAR.

Habita comunmente en las regiones polares, en la Siberia, Rusia, Suecia Noruega, Polonia, etc. Su piel es excelente y muy apreciada en el comercio. La carne del osito es delicada y buena; la del oso puede comerse, pero como se halla mezclada con una grasa oleosa, no constituye un manjar delicado, excepto los piés, cuya sustancia es más recia. Excepción hecha de las condiciones que la prestan las localidades en que vive, este animal se asemeja mucho al oso gris, que hemos descrito en otro número.

BISONTE.

Puede definirse este animal, diciendo que es un buey jiboso. El Bisonte de Madagascar se cría perfectamente en la isla de Francia, su carne es mucho mejor que la de otros bueyes, y pasadas algunas generaciones, desaparece completamente su jiba. Todas las partes de su cuerpo están casi igualmente cubiertas de un vello ó lana rizada. Su jiba es toda ella de carne, y sigue en sus variaciones la mayor ó menor grosura del animal.

EL NIÑO CUESTA.

(Episodio histórico de la guerra de la Independencia.)

Los héroes no se miden por la talla, sino por el corazón.

Los Cuestas eran cuatro hermanos nacidos en Torrecilla de la Tiesa, no lejos de la ciudad de Trujillo, en Extremadura.

Su buen padre, con objeto de libertarlos del servicio militar, trasladó su vecindad al pueblo que recientemente había fundado el rey Carlos III en la margen izquierda del Tajo, con el nombre de *Villarreal de San Carlos*, y que hoy se conoce con el de Lugar Nuevo.

Escrito estaba sin duda en el libro del destino que los hermanos Cuesta fuesen soldados, de una ó de otra manera: así es que apenas resonó el grito de independencia, D. Feliciano, que era el mayor, se lanzó al campo en Junio de 1808, seguido de sus hermanos Francisco, Félix y Antonio, que sólo contaba unos diez años, y de algunos otros jóvenes deseosos de medir sus armas con los invasores de su patria.

En la primera acción que la guerrilla de los Cuestas tuvo con los franceses, que eran veinte para cada uno de los nuestros, salieron derrotados, teniendo que huir para salvar la vida.

Antonio, á quien sus hermanos no echaron de menos en los primeros instantes, quedó en el campo, oculto tras de un árbol, y casi en poder de los imperiales.

No se intimidó el niño, y amparado de la oscuridad de la noche, con un ánimo imposible de elogiar como se merece, procuró orientarse, y fué á dar en una venta, en cuyo pajar buscó un refugio, saltando las tapias, gateando por las paredes y entrando por la ventana, concluyendo por dormirse sobre la paja, con esa tranquilidad tan propia de los pocos años.

Por desgracia no tardaron en llegar á la venta los mismos franceses que habían derrotado á sus hermanos y á él, y el pobre Antonio vió interrumpido su sueño por los soldados que iban al pajar en busca de pienso para sus caballos.

Posible es que un hombre al despertarse entre sus enemigos se hubiese turbado, denunciándose á sí propio: Antonio permaneció tranquilo y continuó haciendo que dormía, y los franceses ningún daño le hicieron, porque... ¿cómo era posible que imaginasen que aquel niño de diez años aquella criatura que dormía entre sus enemigos tan sosegadamente, era uno de los individuos de la partida que ellos acababan de batir, un guerrillero, en fin?

A pesar de sus pocos años, bien comprendió el niño el grave peligro que había corrido y el riesgo en que se hallaba si por desgracia llegaban á sospechar de él, ó un azar cualquiera le descubría; y jugando el todo por el todo emprendió la fuga, descolgándose del pajar al patio, y saltando del patio al campo.

Ni la soledad de los bosques, ni la

oscuridad de la noche, ni el aislamiento en que se hallaba, ni sus pocos años, ni la posibilidad de caer en manos de alguno de los innumerables destacamentos de franceses que recorrían el país, nada le detuvo.

El cielo quiso premiar sus nobles esfuerzos, y á las pocas horas dió con sus hermanos y amigos, que no habían querido alejarse mucho del sitio del combate, ansiosos de encontrarle.

Sus hermanos lo colmaron de besos y los guerrilleros de abrazos, y con ellos volvió á compartir desde el siguiente día la heroica tarea de luchar por la independencia de la patria, ansioso de probar que los héroes no se miden por la talla, sino por el corazón.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS.

EL BANCO.

Por la calle de Alcalá hacia el paseo del Prado, marcha un niño acompañado de su querido papá. Y halla varios parapetos precisamente en la esquina, en donde el Prado termina y comienza Recoletos. Asombrado dice el niño: —¿Qué es esto, qué hacen aquí? Y entonces el padre, así le responde con cariño: —Es el Banco.

—¿Estás de guasa? —¿Cómo, guasa!

—Tú, no ves, papá mío, que no es un banco, sino una casa. —Así como hay varios hombres que, siendo muy diferentes entre sí, para las gentes tienen comunes los nombres; así hay cosas materiales, que aunque muy distintas son, con diferente acepción tienen los nombres iguales. Es un establecimiento este Banco, que aquí ves, que á un caudal rinde interés llamado *tanto por ciento*.

Es decir; aquí el caudal se deposita en la Caja, y una sociedad trabaja empleando este capital; y por cada cien monedas, te dan periódicamente varias, y constantemente, con renta y capital quedas. De la inteligencia es una imagen singular, este modo de operar en Bancos como el que ves. Es el cerebro la Caja, la inteligencia el banquero, y el estudio es el dinero que se impone y se trabaja. Y por lo tanto, en razón directa de tu talento, se encuentra el *tanto por ciento* que sacas á la instrucción. Un hombre muy avisado pero muy poco estudioso, es un banquero ingenioso que se encuentra arruinado. Podrá hacer algún portento con su escaso capital: mas todo le saldrá mal

por no tener fundamento. Pero el que estudia y no tiene talento ni comprensión, más que un rico, es un cajón que candal de otros contiene. Por mi parte estoy dispuesto á aumentar tu capital, y hoy en tu Banco moral varias monedas he puesto. Trabaja mucho desde hoy, procura ser instruido y saca el mejor partido de estos fondos que te doy.

R. TORROMÉ.

IMPRUDENCIAS INFANTILES.

(Continuación.)

Pero nada, absolutamente nada venia á herir los sentidos; el silencio era completo, y sólo veíamos la montaña con sus insondables silos é inaccesibles picos.

Y no fué poca fortuna para nosotros dar con un encinar, el cual nos ofreció bellotas en abundancia, y no muy lejos de él, una fuente de agua cristalina y fresca, que sació la sed que nos devoraba. Reparadas algún tanto las fuerzas, emprendimos de nuevo la marcha, dejando á un lado el encinar.

El sol llegaba ya al fin de su carrera, y empezaba a sepultarse en la montaña. Parecía ésta la cabeza de un monstruo con sus enormes fauces abiertas, dispuestas á tragarse el astro del día.

El espectáculo de la naturaleza era grandioso; pero ni Gaspar, ni yo, teníamos edad para comprender su belleza, ni estábamos en situación de reparar en aquél. Sólo temíamos que el sol desapareciera de nuestra vista, y hacia él lanzábamos miradas de ansiedad, como si con ellas quisiéramos evitar su rápida caída.

Ni una sola vez nombrábamos al tambor mayor, causa de todas las angustias que estábamos sufriendo.

Lo único que me dijo Gasparin al ver que el sol había desaparecido por completo del horizonte, fué lo siguiente:

—Leoncito, yo tengo mucho miedo, la noche se acerca, y estamos muy lejos de nuestra casita.

—Yo también —contesté— tengo mucho miedo.

—La noche es tan triste, y los lobos son tan feroces—añadió el hijo del alcalde de mi pueblo.

—Cállate, por Dios!—exclamé temblando de pies á cabeza;—no los nombres; mi padre dice que son como el diablo, que acuden cuando se los llama, por muy lejos que estén.

—A propósito del diablo y de los lobos. Yo sé una historia que parece cuento, pero es verdad. La contó una tarde en mi casa el señor cura, y yo la



LA EMBOSCADA.



LOS FAVORITOS.

recuerdo perfectamente. ¿Quieres que te la refiera, León?

—Sí: á ver si de esa manera se nos hace menos pesado el camino —le dije.

—Pues, escucha.

Y Gasparín comenzó de este modo su historia.

III.

HISTORIA CONTADA POR GASPARÍN

«Arturo era un niño muy desobediente. Bastaba que sus padres le aconsejaran una cosa, para que él hiciera lo contrario; terco, caprichoso, travieso, era despreciado por todos los niños y muy castigado por sus padres.

La mamá de Arturo, una señora muy bondadosa, y que, á pesar de los defectos de su hijo, adoraba en él, le mandó ir un día á llevar la cesta de la merienda á los trabajadores.

—No quiero ir—dijo el niño llorando;—no voy y no voy, aunque me maten.

La madre intentó, primero con cariño, luego con amenazas, y por último con golpes, obligarle á la obediencia; pero todo fué inútil. Arturo se echó en el suelo, y llorando con todas sus fuerzas, seguía diciendo:

—Aunque me maten, no he de ir.

—Va á llevarte el diablo por desobediente;—exclamó la madre dejándole en la cocina donde se revolcaba furioso.

—Pues bueno, que me lleve.

Esto contestó á su madre Arturo, y apenas concluyó de decirlo, notó que el techo se abría y torrentes de luz lo inundaban todo. Levantóse con presteza, y cuál sería su asombro al ver delante de sí á un anciano de aspecto venerable, de blanca barba y de traje negro que se acercó á él, y cogiéndole de una mano, le dijo:

—Soy el ser más poderoso del mundo. ¿Deseas algo de mí?

Repuesto Arturo de su sorpresa, respondió con descaro:

—Sí, señor: si es verdad que usted puede tanto, le diré que quiero hacer todo lo que se me antoje y ser libre para que nadie me mande.

—Sígueme—añadió el anciano del traje negro—y echó á andar seguido del muchacho.

Atravesaron campos que Arturo no había visto y no se detuvo el caballero de la barba blanca hasta llegar á un valle extenso y solitario, cuajado de árboles y regado por cristalinos arroyuelos.

—Aquí—le dijo á Arturo—eres dueño de cuanto abarca la vista; este valle y aquel monte, son tuyos: corre por el primero con igual libertad que esas puras aguas corren por el estrecho cauce de los arroyos; sube á las más altas cimas de esas montañas, que

eres libre como el águila para hacerlo si tus fuerzas te lo permiten. Allí entre el follaje, verás una casa en la que encontraras cama, pan, queso y leche. Ahora voy á dejarte sólo—añadió;—pero antes voy á hacerte una advertencia; si te llegases á hastiar de tanta libertad y quisieras volver al lado de tus padres, dirígete á Dios, que EL no desoye el ruego de nadie.

Y desapareció sin que Arturo pudiera haber visto por dónde. Otro muchacho se hubiera asustado de ver cosas tan maravillosas; pero él, todo lo contrario, vió los árboles cuajados de frutas y trepó por ellos, y, encaramado en las ramas, comió hasta hartarse; vió los arroyos, y bebió el agua que corría sobre un lecho de arenas que parecían brillantes; distinguió la casa y la examinó de arriba á abajo.

Arturo estaba que no cabía en sí de gozo.

Libre, absolutamente libre.

¿Qué más podía desear?

Llegó la noche, y las sombras vinieron á contrariarle. Era algo miedoso, y la oscuridad abulta las fantásticas figuras que vemos en los sueños. Se metió en su casita, cenó algo, y se tendió en la cama.

El sueño huía de sus párpados, y el miedo le aconsejó dejar encendida una lámpara que pendía del techo de la alcoba; y pensó que si se viera en un peligro ó enfermo, nadie podría socorrerle; después se quedó dormido.

No habrían transcurrido dos horas cuando Arturo se despertó alarmado de los ruidos que oía y vió con disgusto que el aceite de la lámpara de bia haberse consumido, pues estaba apagada.

El ruido lo producía el aire, que al salvar las crestas y picos del monte vecino desataba su furia en el valle, azotando los cristales de la ventana y las ramas de los árboles que sacudía con fuerza hasta hacerlas besar la tierra. Con el silbar del aire se mezclaban los aullidos de una manada de lobos hambrientos, que exploraban el valle en busca de alimento.

El muchacho se tapó con la ropa de la cama la cabeza, y con los dedos índices las aberturas de sus oídos; pero el viento era cada vez más recio, y los aullidos se oían cada vez más cercanos.

Arturo juntó sus manos, y lleno de espanto balbuceaba estas palabras:

—Ven, madre de mi alma, ven, si no quieres que tu desgraciado hijo sea devorado por los lobos.

El monótono silbido del aire y los lúgubres y aterradores aullidos de las fieras contestaban sólo á las desconsoladoras palabras del niño desobediente.

De repente el brillo de un relámpago se dibuja en los cristales de la ventana, y al relámpago sucede el trueno, y á este, más grande y más aterrador el aullar de los lobos. Entonces se acordó Arturo de las últimas palabras del caballero vestido de negro, y poniéndose de rodillas sobre la cama, exclamó con acento lleno de fe:

—Dios mío, Dios mío! Perdonadme y tened misericordia de mí.

Al acabar de pronunciar estas palabras, cesó la tempestad, cesaron los aullidos de los lobos, y la estancia se llenó de luz vivísima, y oyó una voz dulce que le decía:

—Yo soy tu Dios que acude en tu socorro. ¿Qué descas?

—Señor—exclamó Arturo;—volver al lado de mis padres, á los cuales obedeceré en cuanto me manden.

—Si así lo cumples, tu vida será próspera y feliz; de lo contrario, vivirás constantemente rodeado de peligros y de zozobras.

Dijo Dios, y en aquel instante el hijo desobediente, se encontró en los brazos de su cariñosa madre, la cual, castigaba sus faltas colmándole de caricias y llenándole de besos.

Gasparín terminó así su historia, y con sus últimas palabras, desaparecieron también las últimas tintas de claridad en el cielo.

—Pidamos también á Dios que nos socorra;—dijo á mi compañero.

Y ambos nos arrodillamos elevando al cielo una sencilla plegaria.

(Se continuará.)

SANTIAGO OLMEDO Y ENTRADA.

GRITO DE NAUFRAGO.

I.

Cada vez que al bosquecillo de castaños y nogales que encierra el santo recuerdo de mi hogar y de mis padres, llegaba el grito iracundo de los cantábricos mares, corazón y ojos al cielo alzaba mi dulce madre, diciendo: Señor, protege á los pobres navegantes!

II.

Madres, que como la mía vuestra oración entrañable alzáis por todos los naufragos de todas las tempestades, navegante soy del mundo, y es'án á punto de ahogarme sus tempestades, más fieras que todas las de los mares! Por este santo recuerdo pedid á Dios que me salve!

ANTONIO DE TRUEBA.

LA PALOMA BLANCA.

CUENTO INFANTIL.

Érase una paloma de blancas plumas y airoso continente, la cual, aunque había llegado á la vejez, tal como se considera ésta entre las aves de su clase, se mostraba con todos los atractivos que da una belleza bien conservada, y sobre todo, con los que debía á su buen carácter y honrados sentimientos. Después de una muy azarosa vida de aventuras, descansaba de sus fatigas, hallando el reposo apetecido, en las profundas hendiduras del alto torreón de un antiguo castillo feudal casi en ruinas y en completo abandono. Véase allí visitada con frecuencia por los huéspedes de cierto palomar, perteneciente al propietario de una quinta no distante de su retiro, que había tenido el capricho de reunir gran número de alados de esta especie, en sus muchas y varias castas, que, como es sabido, tanto se diferenciaban en tamaño, como en color. Sólo había excluido por su carácter adusto y su poca educación, á las palomas llamadas silvestres que, siendo refractarias á toda idea de cultura, campaban por su respeto en completa libertad por los aires, orgullosas de los verdes cambiantes de sus corbatines y de su traje color de ceniza. Tampoco las llamadas torcaces tenían cabida en aquella anchurosa vivienda. Eran naturales enemigas de todas las demás; veían á estas con envidia, porque es común que sienta esta baja pasión quien no se aviene con su suerte y ve con malos ojos el bienestar ajeno. Su genio independiente y altivo, tampoco se sujetaba á esclavitud alguna: vivían acostumbradas á anidarse en las copas de los árboles más corpulentos de los bosques y á alimentarse con semillas. Sus ideas políticas eran extremadas: considerábanse como la clase desheredada de la sociedad aérea que se albergaba en elevados palomares y que no tenían que procurarse el sustento. No se podía, á pesar de sus vociferaciones, llamar descamisado á su partido, por que las que lo componían lucían buenos trajes de un color más azulado que el de las silvestres en el mismo tono ceniciento, terminados en una larga cola negra. No faltaba á su cuello la verde corbata tornasolada, y batían orgullosamente amplias alas de un pardo oscuro, con manchas de un blanco muy limpio. El caso era que la desunión existía, y la guerra estaba declarada por una y otra parte.

No es exacto en absoluto, refiriéndonos á la aristocracia de estos volátiles, que la condición de los mismos fuese tan inofensiva, tan cándida y dulce como se suele suponer, porque allí en su vida íntima eran frecuentes sus arranques de soberbia y de cólera; y más de una vez se erizaban sus plumas, y en majestuosos giros y roncós arrullos manifestaban su geniecito. Sin embargo, mostrábanse tímidos ante el más fuerte, y vivían en continua alarma, temerosos de las sorpresas y violentos ataques de sus enemigos, que á su vez tenían otros comunes en los pérfidos gabilanes y alimañas de carnívoros instintos y corazón sin piedad. Tomaban, pues, aquellos moradores del palomar expresado, todas las precauciones que les aconsejaba su temor, y se dejaban guiar por la experiencia de la anciana paloma blanca, á quien respetaban y querían por su buen talento y su conocimiento del mundo.

Entre la variedad de castas que se había complacido en reunir el dueño de la quinta donde se albergaban, existía una linda pareja que ejercía la soberanía de aquella corte. Pertenecían á la especie llamada tripilina: tenían calzados sus pies con botitas de finísimas plumas, y ostentaban en la ca-

beza su corona como símbolo de su regia dignidad. Cierta número de palomas blancas, calzadas también del mismo modo, formaban el séquito de la reina en calidad de sus damas de honor, y era de ver el aire de majestad con que se pavoneaban en torno suyo. Había también entre ellas otras que, sin ser viudas ni inclinadas á la vida monjil, adornaban sus cabecitas con vistosas tocas, que les imprimía un grave aspecto. Los demás dignatarios de aquel pequeño estado se formaba de palomos engalanados con moños de un hermoso color de azufre y de rizadas plumas. Eran infinitos los pichoncillos que por allí pululaban picoteando sin cesar con suma viveza, y entonando su *pio-pío* sin término. Sus madres los educaban infiltrándoles el odio que profesaban á las palomas bravas y á los palominos, sus hijos. Desde muy politos sentían éstos profundos rencores de clase.

La ave anciana retirada en el torreón del castillo, era muy popular en aquellos contornos; no había flor ó planta silvestre que no la conociera; los árboles la saludaban á su paso inclinando sus ramas, y más de una vez se ofrecían á dar algún reposo á su ya cansado vuelo, lo que aceptaba de buen grado. No pocas veces se detenía cuando iba á visitar á los reyes en el palomar de la quinta, en medio de los grupos de flores que adornaban el ameno jardín de éstas. Allí los encopetados tulipanes, las rozagantes rosas, los encendidos claveles, las margaritas, las peonías é infinidad de florecillas de todos matices, se apresuraban al verla á preguntarle por su salud, obsequiándola con sus más delicados perfumes. Tanto se interesaban por ella que, cuando la echaban de menos, enviaban alguna ligera mariposilla de esas que parecían hermanas suyas aladas, al viejo torreón para saber si algo le ocurría. Todas deseaban conocer su historia, y cierta vez que se dirigía al palomar y se detuvo á saludarlas, le rogaron vivamente que se la contase, satisfaciendo su curiosidad. Accedió á ello, porque era muy bondadosa, y agradecida á su interés, tomó la palabra, y se expresó del modo siguiente:

—No podéis figuraros, amigos míos, cuánto os agradezco vuestras atenciones. Por lo común, no se hace gran caso de los que llegamos á viejos, porque para nada somos útiles. Tan egoísta es el mundo, que sólo atiende al que le ha de ser de algún provecho. Por fortuna no conocéis en vuestra inocencia ese interés mezquino y despreciable, y os mostraré siempre tan buenas y cariñosas para esta pobre viejecita. Habéis de saber que, según mis ejecutorias, descendiendo de aquella célebre paloma que, en tiempos muy antiguos, después de un cataclismo horroroso que ocurrió en la tierra, en el que parece que sólo un hombre, su familia y una pareja de animales de cada especie se salvaron, tendió su vuelo hacia la nave en que estas se refugiaban, llevando en su pico una rama de olivo en señal de que todo riesgo había cesado y de que ya refulgía en el cielo el iris que aparece después de las tempestades.

No os digo esto por necio orgullo, sino porque siempre halaga descender de ilustres mayores cuyos hechos son dignos y famosos. Nada notable puedo referiros de mi niñez: al dejar de ser pichón, muy jovencita aún, me vi un día adornada por mi dueño con lazos de muy vivos colores y celebrada por todos, sin duda porque debían caerme muy bien. Ignoraba con qué objeto me vestían así de fiesta, pero en breve lo supe. Hacía su entrada triunfal en la capital donde yo residía, después de un sangriento combate de que regresaba vencedor el soberano de aquel reino, y fui arrojada con otras compañeras á su carroza entre una lluvia de ver-
sos y de flores. Tuve la suerte de caer en

manos de la reina que acompañaba á su esposo, y de caerle en gracia. No me solté hasta llegar á su palacio, donde me entregó con expresivas recomendaciones á sus damas, de quienes fui atendida y considerada á porfía. Pusieronme en una jaula de oro que me abrían sin recelo de que me escapara, porque necia en verdad hubiera sido al huir de una existencia tan tranquila como venturosa. La reina me visitaba con frecuencia y me preguntaba si me hallaba á mi gusto, á lo cual contestaba con los arrullos más expresivos de gratitud. Propúseme un día por esposo á un palomo de arrogante figura que era la admiración de todos y que tenía su residencia en uno de sus palacios de recreo. ¿Cómo podía negarme á la menor de sus indicaciones? Acepté su propuesta, y fui conducida al campo y al regio palomar donde vivía mi futuro esposo. En mi falta de experiencia entonces, no presumía los sinsabores amargos que allí me esperaban.

Fui recibida hostilmente; excepto mi prometido, todos me consideraban como una intrusa. Excité los celos de las palomas más caracterizadas por su linaje, que aspiraban á las preferencias de aquél. Por otra parte, supe que el marido que me destinaban era todo un calavera, lo que los hombres llaman un Don Juan Tenorio, y que no era ciertamente un porvenir de paz y ventura el que me esperaba. Yo siempre he tenido una gran firmeza en mis resoluciones. Formé el propósito de evadir el compromiso en que me veía, y aunque sintiendo corresponder así á los obsequios de mi excelente protectora, aproveché un descuido, y me evadí de aquellos lugares donde preveía un sin número de infortunios. Volé sin descanso no sé cuánto tiempo, hasta divisar el alto campanario de la iglesia de una aldea, en el que me detuve á recobrar mis fuerzas casi agotadas. Allí reflexioné el partido que debía tomar, y resolví dejarlo á la suerte.

Caí en un profundo sueño, del que me despertó el toque de las campanas, no bien comenzaban las primeras luces del alba á teñir de púrpura el horizonte. Eché una ojeada en derredor de mí, y observé que desde la plaza del pueblo un corro de mozalvetes había advertido mi presencia, y sin duda discurrían el modo de apoderarse de mí. Nunca me ha agradado rozarme con gente soez y de malos instintos, así es que emprendí nuevamente mi vuelo, dejando burlados á aquellos estúpidos.

Terminada mi segunda jornada, debí llegar á una gran ciudad donde reinaba una extraordinaria agitación. En breve comprendí que se hallaba sitiada por un ejército enemigo y en gravísimo apuro, porque escasa ya de víveres, se veía amenazada de los extragos del hambre y todas las desdichas que son compañeras de este infortunio. No había medio de comunicarse con el exterior y pedir socorro y auxilio en situación tan crítica. No sé cómo pasó lo que voy á referiros. El caso fué que, al despertar de un sueño impuesto por mi cansancio, me ví en poder de unos hombres que, rodeándome al cuello una cinta, de la que pendía un pliego cerrado, me suplicaron llevase éste á su destino, á manos del general que mandaba una división de su ejército, distante entonces de sus muros, pues de mí dependía la salvación de todos. Acepté el encargo con gran complacencia, aunque no se me ocultaban los riesgos que iba á correr en tan difícil y peligrosa misión. Remonté mi vuelo á la mayor altura que pude, y caminé por las altas regiones, orgullosa al considerar que en mí consistía salvar todo un pueblo de una horrenda catástrofe. No se si los sitiadores adivinaron mi importantísima embajada; el caso fué que sus balas silbaron en torno mío, pero en vano, porque salí ileso y pro-

seguí sin obstáculos hasta el campamento á que me dirigía. Entregué el parte de que era portadora al caudillo de aquella hueste, el cual lo leyó con ansiedad. En seguida todo fué animación y movimiento en aquel campo. Pusieron en marcha sin demora las fuerzas allí reunidas; las seguí, y pude ver cómo atacaron con decisión á las tropas que sitiaban la plaza, consiguiendo derrotarlas por completo. Entramos en la ciudad en medio de las más frenéticas aclamaciones; sus habitantes se habían salvado de la suerte espantosa que veían ya inevitable. Yo fui nombrada, en agradecimiento á mi servicio, paloma mensajera de aquel reino, empleo que desempeñé fielmente algún tiempo, complacida de servir para algo útil. ¡Cuántos secretos de estado llevé de un lado á otro sobre mí!

Mi carácter siempre ha sido muy independiente, y me mortificaba vivir del presupuesto: yo no servía para funcionaria pública. Cierta día que dejaba cumplida una misión que se me había confiado en una corte extranjera, torcí el rumbo y busqué un paraje donde pudiera sin tanta fatiga pasar una existencia más cómoda y acorde con mis inclinaciones. Hallé en una hermosa casa de campo situada en un lugar amenísimo. Me informé de las condiciones del país, de la tranquilidad que en él se disfrutaba, y de todos los elogios á su excelente clima, y al apacible reposo que allí se conseguía, lejos del bullicio de las gentes. Era, pues, lo que buscaba. En breve trabé amistad con varios habitantes de comarca tan deliciosa, desde el pretencioso escarabajillo que se revuelca en el sucio estiércol, hasta el limpio y hermoso ruiseñor á quien envidian con razón los primeros cantantes que venden su habilidad á peso de oro, y entusiasman á los hombres con sus notas. Caí en gracia á la hija del propietario de aquella finca, y tanto me atrajo con sus caricias y zalamerías, que la llegué á cobrar un afecto verdadero; afecto que fué causa de un desgraciado incidente en que estuve á punto de perder la vida.

Tenía esta joven un apasionado á quien sus padres rechazaban, y era motivo de frecuentes altercados y disgustos domésticos que presenciaba con pena. No había medio de que pudiera verse aquella pareja enamorada, porque el inflexible opositor á estas relaciones, hombre de áspero genio, se oponía á todo trato entre ambos amantes. Ella ideó la manera de burlar su vigilancia. Pidióme un día que llevase en mi pico una cartita al pobre ausente. ¿Cómo negarme á este servicio tan fácil para mí, y tanto más cuando pagaba de este modo sus tiernos ha-

lagos? Acepté todos los riesgos que pudieran ocasionarme semejante empresa, y partí, en efecto, llevando su misiva hacia el lugar donde residía el que así ocupaba su pensamiento. El padre de mi amiguita sorprendió este ardid á tiempo aún de impedir el logro de su deseo, y lleno de cólera, se apoderó de su escopeta, apuntó á donde ya cernía mi vuelo, y disparándola con certeza fatal, caí en tierra bañada en sangre. Había conseguido su objeto. La carta no llegaría á su destino. Creyéndome muerta, no se volvió á acordar de mí aquel hombre tan sin entrañas.

No se lo que por mí pasó; sentí un dolor agudísimo en mi ala derecha. Habían penetrado en ella unos cuantos perdigones, pero mi herida no era mortal. ¡Con qué cariño me recibieron las flores de la huerta en que vine á caer desplomada! Diéronme blando lecho y delicados perfumes. Hasta los rayos del sol parecían haberse hecho mis amigos para darme su calor y su alegría. Una compasiva alondra me proporcionaba el alimento que en mi forzosa quietud no podía procurarme. ¡Cuántas veces acudió á darme su ayuda para llegar á la margen de los arroyuelos donde apagaba mi sed, secundada por un gorrión amigo suyo, que se había consagrado á hacer obras benéficas, inspirado por sus bellos sentimientos!

(Se concluirá.)

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

MOSAICO.

El ilustrado Dr. Tolosa Latour, ha inaugurado las conferencias que dedica á las señoras la Sociedad Española de Higiene, desarrollando el tema que era «La madre y el niño ante la higiene.»

Con galana frase enareció la importancia de la mujer, que es en la familia lo que la higiene en la sociedad, é hizo una sentida y poética exposición de la influencia que las mujeres han tenido en la educación; combatió ingeniosamente las supersticiones y consejos con que tanto tienen que luchar los médicos é higienistas, y expuso con sencillez los preceptos que la madre debe tener presentes; preceptos que aconsejó reiteradamente se propagasen entre las clases necesitadas, donde su desconocimiento tanto afecta á la salud pública.

Repetidas veces la concurrencia aplaudió el trabajo del Dr. Tolosa Latour, y al final recibió éste por ello muchas y merecidas felicitaciones.

..

En el Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, existen hoy 130 asilados, 40 de cuyas plazas son gratuitas. Al inaugurarse el Asilo en el mes de Setiembre de 1874, no contaba más que con 70. Los oficios que aprenden los asilados, son los de impresor, encuadernador y zapatero.

JUEGOS DE IMAGINACIÓN

SOLUCIONES A LOS DEL NÚMERO 8.º

XXII.

Canastos.
Canas.
Ca.

XXIII.

Ro.
Rom.
Roma.
Romano.

XXIV.

Carnero.

Han remitido las soluciones, los suscritores siguientes: Juanita Medrano, Juan Jove, Ramón Coll y Gibert, Perico y Paquito Pérez de los Cobos, Eugenia Casado, Pepe y Manolito Martínez Ubago, Cayetano Ortega, José Luis López Tineo, Andrea Yagües Rosell, Rafael Estevan, M. Santiago, Enriqueta Alau, Andrés de Linares, Eduardo Amell, Eleira Garrido, Josefina Ruiz, Ceferino Aramburu, María Llorente y Zúñiga, Juan Villanueva Berástegui, Gregorio Chavarri y Romero, Enrique Maureta, Vicente de Mena Albarracín, César Corpas y Domingo y Rita Reguerat.

NUEVOS PROBLEMAS

XXV.—¿Cómo puede sacarse una cuenta sin papel, pluma ni lápiz?

¿Qué hombre dotado de buena salud se halla imposibilitado de acudir á las procesiones?

¿Qué es lo primero que hace un perro cuando le sacan al sol?

XXVI.—ENIGMA.

Un puente de perlas eleva su arco sobre el mar, mientras que sus estribos se hunden en las olas. Cuando los buques se acercan á él parece alejarse. ¿Qué arquitecto lo ha construido y como se llama?

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS.

ILUSTRACION INFANTIL DECENAL

CON MAGNIFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

ESPAÑA.

Un trimestre, pesetas 4. —Un año, pesetas 12.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Un semestre, pesetas 12.—Un año, pesetas 20.

NÚMEROS SUELTOS.

LA ILUSTRACIÓN con suplemento en cromo, ptas. 0,25

Idem id. atrasado. 0,50

Cada ejemplar de los cuentos ilustrados. 1,

Todos los números llevan un suplemento en cromo, y al primero de cada mes acompaña un magnífico cuento ilustrado, con láminas en colores